

Memoria del caos

CÉSAR VERDUGA

Profesor en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)
y en la Universidad Iberamericana en México

Todo lo sólido se desvanece en el aire.

El título del libro de Marshal Berman, entresacado de uno de los párrafos del manifiesto comunista de Carlos Marx, resume la sensación de vértigo, perplejidad e incertidumbre que la experiencia de la modernidad suscitó en los más altos espíritus de los siglos XIX y XX.

El fin del mito de la invulnerabilidad Norteamericana, con el derrumbe físico de los símbolos del poder financiero y militar de EE UU, trae la frase a la memoria, pero la desborda. Porque en el liberalismo democrático y en el marxismo, cosmovisiones occidentales con aspiraciones de universalidad, las angustias de la modernidad están acompañadas del optimismo de una operación fáustica, cual es la del sujeto humano sometiendo a su dominio al entorno circundante para realizar el sueño de su felicidad en este mundo.

En cambio, tras la tragedia del 11 de septiembre, lo que se vislumbra es una operación terrorista de morir matando, en nombre de una felicidad eterna que se realizará fuera de este mundo.

En este caso la modernidad no es retada a partir de presupuestos filosóficos occidentales, sino desde una perspectiva cultural misteriosa y antagónica, en la cual atributos como la libertad, la prisa o la irreverencia, pueden considerarse rasgos satánicos.

Con el 11 de septiembre del 2001, como la fecha más importante después de la caída del muro de Berlín, el siglo XXI instala definitivamente una sensación opresiva de caos que ya se insinuaba desde hace una década, como un rasgo adicional de esta segunda modernidad.

“EL MUNDO DE AYER” Y EL CAOS DE HOY

Cuando en Brasil, su refugio de la amenaza nazi, Stefan Zweig escribía su libro *El mundo de ayer* posiblemente no imaginaba que estaba produciendo un prototipo

de la nostalgia histórica, con su testimonio literario sobre una de las experiencias más logradas del ideal universalista de la cultura de occidente, cual fue la vida en la Viena de fines del siglo xix y principios del xx.

Desde luego que Zweig no ignoraba que en esa misma época, cerca de Europa, en Africa y Asia, se extendía una dominación colonial occidental, que no era un ejercicio de humanismo universalista.

Pero para él, la Viena capital del colapso de los Habsburgo, con la tranquilidad burguesa de su vida cotidiana y la exaltación constante de su vida cultural, resumía las potencialidades de una modernidad que podría llegar a ser universal, con el ser humano como centro de un mundo libre y decadente, creativo y escéptico, bulle y cínico. La evocación de Zweig surge cuando recordamos los primeros 25 años de la guerra fría, a los que Eric Hobsbawm llama "los años dorados". Y es que en ese período el optimismo histórico pareció inextinguible, porque todos los modelos políticos que articulaban el orden mundial de la posguerra funcionaron con éxito. Las naciones industrializadas de occidente cambiaron el capitalismo de la primera mitad del siglo xx hasta dejarlo irreconocible con el rostro del estado de bienestar.

La Unión Soviética y la periferia de Europa oriental se restauraron e industrializaron, crecieron económicamente y alcanzaron innegables logros en la equidad social. Desde Asia y Africa la independencia de antiguas colonias y el movimiento de países no alineados, cambiaron el mapa geopolítico del mundo.

En América Latina, la industrialización, la urbanización y la modernización de los estados, modificaron a sociedades agrarias tradicionales y las introdujeron en el torbellino de la modernidad.

Hubo instantes en que todo pareció posible: la coexistencia y cooperación entre EE UU y la URSS, la convergencia entre marxismo y liberalismo o el desarrollo de capitalismo nacional autónomo y exitoso en la periferia del tercer mundo. A la distancia podemos entrever que esos efímeros momentos en que la convergencia pareció ser más fuerte que la confrontación, tenían una base real en las concepciones occidentales del progreso social, comunes a todos los modelos de sociedad que se disputaban la hegemonía en el mundo.

La confluencia de procesos acelerados de cambios tecnológicos, sociales y culturales llevaron en los sesenta al frenesí del optimismo histórico, cuando los estudiantes en París proclamaron: "sea realista, pida lo imposible".

¿Qué pasó poco tiempo después? ¿Por qué la crisis de todos los diseños políticos que articularon el orden mundial de la posguerra? Para los efectos de este artículo nos interesa destacar lo ocurrido en occidente y en América Latina.

Una de las ideas que preside estas reflexiones es la de que parte del caos de hoy se fragua en los años setenta, curiosamente con la participación protagónica de las naciones de occidente y del medio oriente.

El estallido salarial y el surgimiento de una conciencia ecológica en los años sesenta, habían generado en occidente tendencias iniciales a la retracción de la inversión y a la búsqueda de tecnologías nuevas que ahorraran mano de obra y preservaran el ambiente.

La posibilidad de redespigar industrias anticuadas de occidente en el tercer mundo había originado desde los sesenta, el embrión de una economía transnacional. Las utilidades de las inversiones norteamericanas en Europa habían creado un pequeño mercado de "eurodivisas", que era una suerte de anticipo de los actuales mercados financieros desregulados.

Pero los estados nacionales, al llegar los años setenta, seguían regulando el mercado y liderando la sociedad tenían la capacidad de combatir la evasión tributaria de las transnacionales y desarrollaban políticas monetarias y cambiarias no neutras que permitían el control de los flujos financieros internacionales, por lo cual el lavado de dinero sucio era difícil y el aliento a la economía criminal muy reducido. Aún con políticas de ahorro de mano de obra, los capitales de occidente no tenían mejor alternativa de multiplicar sus utilidades que la preservación de la demanda efectiva, alimentada por bajas tasas de desempleo y salarios dignos.

Pero la revolución de los costos internacionales que la OPEP desató, abrió la caja de Pandora de un ciclo nuevo de capitalismo financiero, especulativo y anárquico de corte delincuencial, cuya lógica subyace al caos de esta segunda modernidad. Para cubrir la factura petrolera, aumentada en diez veces inesperadamente, EE UU adoptó un conjunto de medidas claves para la gestación del caos actual:

- a) Había separado el dólar del oro, liquidando todo vestigio de patrón-oro en el sistema monetario internacional.
- b) Imprimió sumas gigantescas de dólares sin respaldo en producción de bienes y servicios.
- c) Para evitar una inflación incontrolable impulsó el reciclaje de petrodólares a través de la creación de los mercados financieros desregulados y de la banca offshore, del estímulo al endeudamiento fácil de los países necesitados de empréstitos y, a través del FMI, sustituyó las políticas monetarias nacionales por una política mundial de tipo de cambio flexible.

El resultado fue un sistema financiero, bancario y monetario propicio para el desarrollo de la economía criminal y desalentador para un capitalismo productivo. Al amparo de ese sistema financiero abierto se han desarrollado las redes financieras globales que hoy hegemonizan la economía mundial, redes sin nombre, ni identidad nacional, en las que convergen dineros de Bill Gates y de Bin Laden, de traficantes y jubilados, de empresarios y gobiernos, de políticos y estrellas de cine.

Más aún, al volverse más fuerte la lógica de la renta que la de la ganancia, este capitalismo no tiene compromiso sustantivo con el crecimiento de la economía real ni

con el empleo, lo que agudiza el tema de la pobreza y la inequidad. Los estados debilitados por los procesos de globalización, pierden centralidad en la conducción de la economía y la política pierde relevancia en la conducción de la sociedad, lo que aumenta la tendencia a la caótica desinstitucionalización de la vida colectiva.

Una economía crecientemente mundializada y una política que sigue siendo nacional son el escenario ideal para el florecimiento de todas las formas posibles de tráficó ilegales, de evasión impositiva. De especulación financiera y de desesperanza colectiva.

Por eso, cuando el presidente Bush anuncia que la lucha antiterrorista se inicia congelando cuentas bancarias de Bin Laden, brota de pronto la interrogante: ¿cómo es posible aislar los dineros de origen y destino sucio de los que no lo son, sin reformar al conjunto del sistema global? Porque congelar seis millones de dólares es nada cuando hay estudios que señalan que ascienden a más de quinientos mil millones anuales el dinero de origen delincinencial que circula por el mundo. y aunque esa gigantesca suma está hoy y/o puede estar mañana al servicio del terrorismo de dimensión global. Sin despejar esas interrogantes resultará poco creíble y, sobre todo, poco efectiva, la cruzada de occidente contra el terrorismo.

EL ISLAM TERRORISTA Y EL OCCIDENTE MANIQUEO

En un artículo del periódico *Crónica* del 7 de octubre, el académico mexicano Isidro Cisneros sostiene que el Islam, por un reduccionismo maniqueo, ha sido convertido en el sustituto del comunismo, como enemigo epocal de las democracias occidentales. La idea se inserta en una línea de pensamiento que ve al terrorismo musulmán como un fenómeno principalmente político. Quienes la sustentan suelen recurrir, como demostración, al hecho de que los principales movimientos radicales islámicos han surgido cronológicamente después de acciones occidentales contra pueblos de mayoría musulmana en Palestina o Irán, en Líbano o Irak.

Hay otra línea de interpretación del terrorismo musulmán que tiende a verlo como la radicalización de un choque de cosmovisiones, la una fundada en un materialismo seglar y la otra basada en la fe.

Lo más seguro es que, para rastrear las causas del terrorismo musulmán, debemos recurrir a elementos histórico-políticos y cultural-religiosos.

No tienen conflicto con los valores de occidente ni con el cristianismo y el judaísmo, rasgos del Islam como el monoteísmo, la oración pública diaria, el diezmo, el ayuno en el mes del Ramadán y la visita a La Meca.

Son semejantes al judaísmo, pero contrarias a los derechos humanos de occidente, las tradiciones y normas que se oponen al matrimonio de una mujer musulmana con alguien que no lo sea y la negación de la libertad de abandonar una religión y adoptar otra.

La oposición a la sindicalización de los trabajadores es un rasgo de la legalidad musulmana ajeno al cristianismo y al judaísmo y opuesto a los derechos humanos de occidente.

Especial atención merece el tema de la guerra santa. En términos religiosos, el islamismo es opuesto a la idea, que aplicaron los curas españoles en la conquista de América, de usar la violencia para convertir a personas, pero favorece el uso de la violencia para someter a colectividades políticas y reestructurar sus sociedades en base a principios islámicos. El martirologio por una causa noble no es patrimonio de los musulmanes. Existe en el cristianismo y el judaísmo y se ha practicado a lo largo de la historia en nombre de principios religiosos, patrióticos y políticos. La diferencia estriba en que en la religión musulmana los que mueren en guerra santa reciben el perdón de todos sus pecados e ingresan al paraíso sin someterse al juicio final.

El profesor Ashmed, paquistaní estudioso del Islam, en un ensayo publicado en el libro *Fin de Siglo* sostiene que, además de las heridas abiertas en Palestina o Cachemira, los musulmanes sienten que quienes amenazan con derrumbar su mundo son los medios de comunicación occidentales, que los persiguen con mensajes chocantes a su concepción del mundo y una constante desvalorización de los rasgos de vida musulmanes.

El equilibrio entre mundo y religión se rompe cuando el entorno difunde su exuberante dinamismo las 24 horas de cada día y no deja espacios para la piedad, la contemplación y el misticismo. Y la angustia y la inseguridad existenciales suelen ser antecámaras de sentimientos de agresividad.

En algunos de estos rasgos religiosos y culturales hay tierra fértil para la germinación de la violencia, pero la semilla parece venir de la historia y la política.

Los continentes donde más difundido está la religión musulmana que son Asia y Africa, son también el asiento de algunas de las sociedades más sufridas del mundo.

La decadencia del rutilante mundo islámico coincidió con el inicio de la expansión de occidente y el inicio de prácticas crueles de colonialismo, de las que fueron víctimas sociedades musulmanas.

En la segunda mitad del siglo xx el colonialismo terminó, pero occidente se enfrentó varias veces contra los intereses de los pueblos musulmanes, al apoyar a Israel, al Sha de Irán o a monarquías u oligarquías corruptas, odiadas por sus pueblos.

En la combinación de estos múltiples factores seguramente está la explicación del odio ciego y la violencia suicida que animó a los autores del crimen del 11 de septiembre. Pero lo que más importa ahora es como enfrentar y derrotar al terrorismo en el mundo, sin echar por la borda los valores en nombre de los cuales se lo combate.

Occidente suele tener un pragmatismo maniqueo en la conducción de sus relaciones con pueblos de tradiciones culturales e historias diferentes.

Durante la guerra fría los llamados conflictos regionales en el sur de África, el Medio Oriente, Centroamérica o el Caribe, solían ser reducidos a simples movimientos de fichas accionadas por la mano de Moscú. En el inicio de la posguerra fría la idea de que la historia como lucha ideológica llegaba a su fin y que el liberalismo democrático imperaría en solitario por un siglo, tuvo entusiastas adhesiones.

Hasta antes del 11 de septiembre eran comunes las visiones estereotipadas en los medios de comunicación que ignoraban la extensión, diversidad y complejidad del fenómeno del Islam. Mas hoy parece válido tener esperanzas en que occidente apuesta por un enfoque menos reduccionista del tema del fundamentalismo musulmán y del terrorismo en general.

La primera premisa será abandonar la confusión entre condiciones necesarias y condiciones suficientes. A las primeras pertenecen la combinación de poderío financiero, fuerza militar, acciones de inteligencia y ayuda humanitaria. Las segundas incluyen la solución definitiva del tema del estado palestino y su coexistencia con Israel, la aceptación del aporte de algunos valores no occidentales en la civilización global que nace, la reorientación del sistema global hacia un capitalismo productivo y no criminal, la revalorización de los estados y la política a través de la creación de estados transnacionales capaces de gobernar la globalización y la reestructuración de la arquitectura institucional del poder mundial. Así la coalición internacional antiterrorista sería el punto de partida en la construcción de un nuevo orden internacional más democrático y pacífico.

LA LUCHA CONTRA EL TERRORISMO GLOBAL Y AMÉRICA LATINA

En algunos medios influyentes de EE UU y Europa se ha comentado críticamente lo que se cataloga como tibia reacción solidaria de México con EE UU, después del 11 de septiembre, al punto que el presidente Fox volvió a viajar a Washington y Nueva York a penas un mes después de una visita de estado, para reafirmar su amistad y su condición de primer socio de EE UU en América Latina.

Quizás la injusticia de quienes criticaron a México consistió en no aplicar un criterio semejante para la reacción del conjunto de las sociedades latinoamericanas frente a lo que acontece. En efecto, la rápida aprobación de la resolución de la OEA por parte de los gobiernos latinoamericanos, apoyando irrestrictamente a EE UU en las decisiones que tome, puede oscurecer el hecho cierto de que en amplios círculos populares y de élite y en los propios gobiernos existe una mezcla de sentimientos y posiciones contradictorias.

Una encuesta objetiva de los sentimientos latinoamericanos seguramente arrojaría como resultado una consternación generalizada frente al acto terrorista, un rechazo mayoritario al terrorismo en el mundo y una oposición mayoritaria a incorporar-

se directamente en la lucha antiterrorista mundial. Esa respuesta compleja sería la expresión de la antigua relación de aproximación y rechazo, de admiración y resentimiento, que América Latina ha cultivado hacia EE UU y Europa.

Hay que partir señalando que América Latina es y no es occidente. En su esencia coexisten valores occidentales y aborígenes, con mezcla de rasgos africanos y de las múltiples culturas que la han poblado desde su independencia. Occidente es para Latinoamérica una suerte de lejana meta, y en los ciclos de crisis como el actual, se convierte en una especie de línea del horizonte que se aleja mientras más crees acercarte a ella.

Darcy Ribeiro encontró en los pueblos latinoamericanos tres tipos de configuraciones históricas: los pueblos testimonio, los pueblos nuevos y los pueblos trasplantados. Cuando escribió sus reflexiones sobre la conformación de América Latina pensó que en el continente no había pueblos emergentes, pero el desarrollo posterior de los acontecimientos muestra que en la amazonía y otros lugares existen etnias y tribus sumergidas durante siglos que reclaman ahora su pleno reconocimiento al igual que en África y Asia.

Ese mosaico de pueblos y culturas comparte aún mayoritariamente la concepción occidental del progreso conseguido a través de la aplicación de la ciencia y la técnica a la naturaleza y adhiere a la doctrina de los derechos humanos y al ideal democrático, pero está cada vez más distanciado de sus élites y más desconfiado de los poderes mundiales hegemónicos.

Es un dato fuerte de la historia que, al contrario de los pueblos europeos, los latinoamericanos han visto desembarcar a los soldados norteamericanos en sus costas en múltiples ocasiones, pero jamás como libertadores. En los últimos treinta años en América Latina se dieron formas de terrorismo civil, débiles en Uruguay, Argentina y Centroamérica, fuertes en Perú y Colombia y manifestaciones avasalladoras de terrorismo de estado en la mayoría de los países, con la complicidad de EE UU, a un costo cercano a las 100.000 víctimas. Con excepción de un tibio discurso del ex presidente Clinton en Guatemala, no ha habido por parte de EE UU un reconocimiento solemne de su error al alentar el terrorismo de estado en nombre del anticomunismo y, por ende, el resentimiento antinorteamericano está vivo en importantes círculos de las sociedades latinoamericanas.

La alianza militar con EE UU contra agresiones extrahemisféricas consagrada en el TIAR no funcionó cuando la guerra de las Malvinas, desatada por la dictadura Argentina, pues EE UU fue aliado firme de Inglaterra. Ello dejó profundas huellas de resentimiento en los argentinos, que posteriormente crecieron por la “relación carnal” que el gobierno de Menem proclamó con EE UU y la multiplicación de la pobreza y la corrupción que caracterizó a ese gobierno.

La democracia, la integración comercial, las migraciones y la lucha contra el crimen organizado, que, pueden ser los espacios de aproximación contemporáneos de

América Latina con EE UU, no están funcionando satisfactoriamente como tales. La democracia latinoamericana, con contadas excepciones, ha fracasado en los temas de la equidad social, la seguridad ciudadana, el crecimiento económico, el empleo, las oportunidades de educación, la corrupción y la confianza en el futuro y, aunque nadie culpa de ello a EE UU, la oportunidad de hacer de la democracia un espacio de acercamiento positivo entre las dos Américas se ha perdido en la mayoría de los países.

Después de la firma del TLC con México, varios países latinoamericanos, entre ellos Chile, quisieron acceder a tratados semejantes, pero el congreso norteamericano no los aprobó y la vía rápida solicitada por Clinton fue repetidamente negada por el Capitolio.

En EE UU viven más de 20 millones de personas de origen latinoamericano que, en general, son un factor de acercamiento con ese país. Pero las diferencias entre ellos son notables. Los de origen cubano tienen un trato privilegiado, como una reminiscencia de la guerra fría. Los que viven como residentes acceden a las ventajas propias de la sociedad norteamericana, pero los indocumentados sufren explotación, vejaciones y persecución. Y están los miles que no pueden acceder a entrar y rumian su impotencia en los consulados o en las cárceles de los países vecinos que los detienen.

En la lucha contra el narcotráfico la asimetría en las relaciones con EE UU se ha reflejado en la existencia del proceso de certificación unilateral, rechazado por injusto por los latinoamericanos, pero sostenido por el congreso de EE UU. Para nadie es un secreto que el consumo de drogas mayor del mundo está en EE UU y que por las condiciones de funcionamiento del sistema global actual en los bancos norteamericanos se lava parte del dinero sucio que el negocio de las drogas produce. La falta de correspondencia en el manejo de este tema es otro de los asuntos ríspidos en las relaciones interamericanas.

No obstante, las consideraciones anteriores, no existen sentimientos de beligerancia antinorteamericana en la mayoría de los latinoamericanos, sino más bien de admiración, respeto y distancia.

Por razones históricas la opinión pública de los países latinoamericanos padece de un maniqueísmo inaceptable frente a las relaciones con EE UU. Están tienen que ser de incondicional apoyo o de total rechazo, cuando la madurez de una relación con un mega poder debería consistir en aceptar sin complejos ni traumas que siempre existirán zonas de coincidencias, de diferencias y de antagonismos, que deben manejarse por separado, sin que una contamine a otra.

Si esa madurez existiese América Latina podría contribuir más activamente a la construcción del nuevo orden internacional que puede surgir de la alianza antiterrorista. Mas todos los indicios, hasta ahora, apuntan a que la región será un actor menor en ese proceso de capital significación en el inicio del siglo XXI. ●